



## SERMON

## PARA EL VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA  
de cuaresma.

*Ideo dico vobis, quia auferetur à  
vobis regnum Dei. Matth. XXI.*

## SEÑORES:

La parábola que hoy nos anuncia el santo evangelio, y la terrible consecuencia que de ella deduce Jesucristo, no solo debe llenar de una vergonzosa confusion al judío perverso, que desconoció á su Salvador, quitándole afrentosamente la

vida, sino inspirar al mismo tiempo un saludable temor á todos aquellos cristianos que viven abandonados á sus pasiones, y olvidados de los beneficios de Dios. “Un padre de familias plantó una viña, dice Cristo á los judíos, cercóla con vallado, hizole lagar de pisar, edificó una torre, y dióla en arrendamiento á unos viñadores. Venido el tiempo de la vendimia, envió á sus siervos á recoger los frutos. Pero los viñadores á uno de ellos hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Á pesar de tan indigno tratamiento, envió de nuevo el padre de familias mayor número de siervos para el mismo efecto; mas ellos no fueron mejor tratados. Últimamente envió á su hijo, diciendo: á mi hijo respetarán; pero ellos en su interior dixeron: este es el heredero, venid, quitémosle la vida, y poseerémos la heredad. Aprehendido pues, le sacaron de la viña, y le dieron

muerte. Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con estos obreros? les pregunta Jesucristo. Tratará á estos malhechores como merecen, respondieron los judíos, y entregará su viña á otros colonos, que le den los frutos á su tiempo. Por esta causa os digo, les responde el Salvador, se os quitará el reino de Dios, y será entregado á gentes, que hagan frutos de vida eterna, y correspondan mejor que vosotros.

¡Terrible sentencia, señores! mas no por terrible ha dexado de experimentar sus funestas consecuencias un pueblo tan favorecido antes de Dios, y que en el día se halla en la mayor desolación y abatimiento, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdocio y sin altar, por haber desconocido al Mesías, y cerrado los ojos de propósito á la luz de su evangelio. Mas su deplorable infelicidad, y sus enormes delitos, que fueron

causa de su reprobacion y ruina, aunque hayan sido el origen de los *tesoros del mundo*, y la *diminucion de los judíos la riqueza de los gentiles*, como se explica S. Pablo; sin embargo debemos mirar con estremecimiento la traslacion de estas gracias, ó reino de Dios, del judaismo al pueblo de los gentiles, principalmente si atendemos á que nuestra conducta no es menos reprehensible que la de los judíos, y á que Dios que les quitó su viña, arrojándolos por su ingratitud de la Iglesia, nos la puede quitar igualmente á nosotros en castigo de nuestras culpas. Examinemos pues las causas de la reprobacion de los judíos, para conocer el justo temor que deben inspirarnos de ser envueltos en semejante infelicidad. Esta será la materia del discurso, en el cual procuraré no separarme de los divinos oráculos para apoyar mis pruebas, no sea que juzgueis inten-

to infundiros un pánico terror, hijo de mi humor melancólico. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su augusta Esposa María santísima. Saludémosla con el ángel del Señor. *AVB MARIA.*

*Ideo dico vobis &c.*

**A**n-te todas cosas, para entender el sentido de la parábola, y la fuerza de la sentencia de Jesucristo, es necesario saber qué viña sea ésta; quiénes los obreros de ella; quién el dueño que los privó de esta herencia, y á quiénes la trasladó. En seguida trataré de las causas que dieron motivo á esta traslacion, y son el fundamento de nuestro justo temor. Reflexemos.

La viña del Señor de los ejércitos, dice el profeta Isaías, es la casa de

Israel. El padre de familias es Dios, que la eligió por pueblo suyo con preferencia á las demas naciones, que sepultadas en la idolatría, palpaban las densas tinieblas de la ignorancia y del error, adorando al sol, la luna, las estrellas, las bestias, los mas viles insectos, las legumbres mas despreciables, y aun al mismo demonio. En esta casa de Israel plantó Dios la viña de su Iglesia. Dióla para su cultivo á los hijos y descendientes de este patriarca: sacólos á este fin de la esclavitud de Egipto, y para colocarlos en la tierra de promision, los conduxo por el desierto, sustentándolos á fuerza de milagros por espacio de cuarenta años. El cielo les proveía de alimento en abundancia: su gobierno teocrático los hacia irresistibles: el cananeo, el ferezeo, el geteo, el amorreo y el jebuseo fueron triste víctima de la espada del Dios de los ejércitos, y los muros de las ciuda-

des mas inexpugnables se arruinaban á presencia del arca de su divino testamento, que llevaba siempre por delante el terror, la muerte y la victoria de sus enemigos.

¿Y fueron estos los únicos beneficios que hizo Dios á los judíos ó casa de Israel, operarios de su viña? ¡Ah! si registramos las santas escrituras, hallaremos que todos estos fueron solo preludios de su benéfica predileccion. Dióles leyes justas y sabias; instruyólos en el conocimiento del verdadero Dios; arregló su culto, para que pudiesen adorarle en espíritu y verdad, y llevar frutos abundantes de vida eterna; residia entre ellos como en propiciatorio: dióles con la religion templo, el mas suntuoso que hubo jamas sobre la tierra, sacerdotes para los sacrificios, profetas que les anunciassen las verdades y sus voluntades eternas. ¿Qué mas? prometióles una eterna alianza, un pacto sem-

piterno, si permanecian fieles en la observancia de sus preceptos; y para mas distinguirlos, y obligarlos á la gratitud, se dignó el Señor en el transcurso de los siglos enviar á su Unigénito al mundo, para que tomando carne en el vientre virginal de una doncella de la tribu de Judá, redimiese con su sangre á todo el universo. Este augusto personaje Dios y Hombre vivió entre los judíos, hermanos suyos por la sangre, por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando enfermos y obsesos, y resucitando muertos.

Mas ellos (¿quién lo creyera, señores?) ingratos á tantos beneficios, sordos al clamor de los profetas, y siempre rebeldes al Espíritu Santo, que hablaba por su boca, no solo abusaron de estas gracias, persiguiendo y maltratando á los siervos del gran Padre de familias, sino que in-

currieron en un horrendo deicidio, dando afrentosa muerte al Unigénito de Dios. Hé aquí en suma las causas de la reprobacion de los judíos, y el origen de la exáltacion del gentilismo, á quienes Dios trasladó el reino de su Iglesia, llamándonos á su admirable luz, y entregándonos esta viña, para que cultivándola como buenos obreros, nos produxese frutos de amor de Dios, y caridad fraterna, que ofrecerle á su debido tiempo. Y nosotros, señores, ¿cómo correspondemos á tan singulares beneficios? ¿Qué cultivo damos á la viña de nuestra alma? ¿Qué frutos hemos conseguido en la Iglesia, que sean aceptos al Señor? Yo no sé qué responderos; pero me atrevo á decir, que no siendo inferior el desórden de nuestras costumbres al de las de aquel pueblo ingrato, esto mismo debe inspirarnos un temor justo de ser privados de la viña de la Iglesia, ó á lo me-

nos de la gracia, sin la cual nada podemos obrar en el órden de la salud eterna. Hagamos una breve discusion sobre los beneficios concedidos por Dios á uno y otro pueblo, y reconociendo por un riguroso cotejo las ventajas que en esta parte hacemos al pueblo judío, podremos despues formar el paralelo entre sus pecados y los nuestros, y deducir por justas consecuencias las causas de su reprobacion y de nuestro temor. Seguidme atentos.

Dios sacó de Egipto á los israelitas, librándolos de una dura esclavitud, y conducidos por ministerio de Moysés y Josué, los introduxo en la tierra de promision, arrojando de ella las gentes que la habitaban. Asi lo dice David en uno de sus admirables cánticos: *de Egipto, Señor, trasladaste la viña, arrojaste las gentes, y la plantaste.* Nosotros siendo gentiles, y sin conocimiento del verdadero Dios, fuimos sacados

por su misericordia del egipto ú tinieblas de la idolatría, y de la dura esclavitud del pecado, no por ministerio de alguno de sus profetas, sino por Jesucristo su Unigénito, que nos llamó á su admirable luz, y nos redimió con su preciosa sangre, mostrándonos como á hijos de Abraham segun el espíritu, una verdadera tierra de promision, que es su Iglesia, colocándonos en ella, como hijos adoptivos y herederos de aquel reino que habia quitado á los judíos. Á estos dió profetas; á nosotros apóstoles y evangelistas; á los judíos dió templo magnífico, culto brillante, ceremonias pomposas, y todo lo necesario para su justificacion; á nosotros concedió templos mas augustos, destinados, no á sacrificar animales, sino para el sacrificio del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; nos dió sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, sacerdocio mas

sublime, y gracias mas abundantes. Á los judíos eligió como su pueblo favorito, marcándolos con el signo de la circuncision; á nosotros concedió el sacramento del Bautismo, en el cual somos reengendrados y signados con el carácter de cristianos, y los demas sacramentos que instituyó Jesucristo en su Iglesia para nuestra justificacion. Á los judíos concedió una declarada proteccion, dirigiendo sus marchas, proveyéndoles de sustento con aquel milagroso maná que hizo descender del cielo, y residiendo entre ellos, para darles sus oráculos en el propiciatorio; á nosotros ha concedido una mas alta proteccion, dándonos para alimento de nuestra alma en el desierto de esta vida, aquel pan celestial figurado en el maná; es decir, el cuerpo y sangre de Jesucristo en la divina Eucaristía, que debe permanecer real y verdaderamente en su Iglesia hasta la con-

sumacion de los siglos, con arreglo á su infalible promesa.

¿Quién por el simple cotejo de estos hechos, que aprendemos en la sagrada historia de nuestra religion, no conoce las grandes ventajas que hacemos á los judíos en materia de proteccion y de beneficios recibidos del Señor? Exáminemos ya su ingratitud y enormes crímenes, que fueron causa de que perdiesen el reino de Dios, para formar el paralelo ó comparacion de sus delitos con los nuestros.

Ellos en primer lugar abusaron de los beneficios de Dios con horrible menosprecio. Hijos de Abraham, segun la carne, no lo fueron todos segun la promesa, por la imitacion de su fe. Bien presto degeneraron de la piedad de sus padres Abraham, Isaac y Jacob, transfiriendo á los ídolos el culto, solo debido á el verdadero Dios, y por esta incredulidad fueron desgajados,

dice S. Pablo, de la oliva fructífera de la Iglesia. Nosotros, como reflexiona un célebre expositor, llamados á la admirable luz del evangelio, y hechos amigos de enemigos que eramos, destruimos los ídolos, ídolos abominables de madera y de piedra, que eran el objeto ridículo de nuestra adoracion; pero bien presto erigimos en nuestro corazon otros no menos despreciables, á quienes damos culto.

Para comprehender esta verdad, distinguid dos especies de idolatría, la de la antigüedad, y la de los siglos posteriores. Aquella consistia en adorar las criaturas, y ésta en amarlas. Los antiguos idólatras dieron culto á Pluton y Mercurio, dioses de las riquezas y el comercio; pero los nuevos idólatras, mas delicados y de gusto mas fino que los otros, se contentan con amarlas. Y este amor, en que consiste la avaricia, ¿qué otra cosa es, segun S. Pa-

blo, que una verdadera idolatría? *Mortificate avaritiam, quæ est simulachrorum servitus.* Los antiguos idólatras adoraron á Baco, dios de la embriaguez y de la gula; pero los modernos se limitan á amar la gula misma, y este amor es otra especie de idolatría, peculiar de aquellos cristianos, *cuyo dios es su vientre*, como se explica el Apóstol, llamándolos *enemigos de la cruz de Cristo.* Los antiguos idólatras erigian templos, y daban adoracion á Venus, diosa, segun ellos, de los deleites impuros; pero los idólatras de nuestro siglo se contentan con ofrecer incienso, y erigir ara en su corazon al objeto mismo de su deleite criminal; y á esto llama S. Pablo, *esclavitud de los ídolos, que no tiene parte en el reino de Cristo y Dios.* Ved aquí la frecuencia con que caemos en el primer delito ó motivo que dieron los judíos para ser privados de su reino."

La segunda causa que dieron para su reprobacion, fue desatender á los profetas, que les anunciaban la verdad, persiguiendo á veces y quitando la vida á estos siervos, que enviaba el gran Padre de familias como colectores de los frutos de su viña. La pena con que debia ser multado tan enorme delito, la anunció el mismo Jesucristo, lamentándose de la ingratitud de su pueblo con estas palabras. "Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que se te han enviado, ¿cuántas veces he querido congregare tus hijos, como la gallina congrega bajo las alas á sus pollos, y no habeis querido? Hé aquí que vuestra casa quedará desierta."

Por lo que á nosotros hace, nadie ignora que hemos tenido apóstoles, evangelistas y doctores que nos han hablado en nombre de Jesucristo; ni aun en el dia nos fal-



tan predicadores zelosos, ministros ilustrados, que nos anuncien las verdades y los juicios del Eterno. ¿Y cómo son tratados de ordinario estos siervos del Padre de familias? Vosotros lo sabeis, señores. Es verdad que no los apedreais, ni quitais la vida, como lo executaban los judíos; pero les quitais la honra y buena fama; injuria y hostilidad tan enorme, que no es inferior á la muerte; pues como afirma S. Pablo de sí mismo, más querría morir, que el que alguno le privase de la gloria de su honor: *bonum est enim mihi magis mori, quam ut gloriam meam quis evacuet*: y el Espíritu Santo dice en los proverbios, que la buena fama es preferible á todas las riquezas. Á pesar de estos oráculos tan expresos, nada es más frecuente en nuestros dias, que desacreditar á los ministros de la palabra. Segun el dictámen de los mundanos, unos son codiciosos, otros

inflados y soberbios; éste de cortos talentos; aquel ignorante en la elocuencia: á veces son impostores, exágeradores, declamadores importunos, verdugos de las conciencias, enemigos de la sociedad y de la humanidad. ¿Qué mas? hombres ilusos, visionarios, orugas y peste de la república, gravosos á los pueblos, seductores de beatas, ociosos, vagabundos... ¿No son estos los dicterios con que son tratados en nuestros dias los siervos del Padre de familias? ¿No son estos los frutos que recogen en la viña de su Iglesia? ¿No es este el brillante idioma de los incrédulos y libertinos de nuestro siglo? ¿Con qué satisfaccion no vierten estas y semejantes calumnias en sus asambleas bacanales y lupercales estos apóstoles de la sensualidad, para pasar por hombres instruidos, cultos y civilizados á presencia de los ídolos que han erigido en su corazon! Engreidos con

las falsas ideas de su filosofismo, y dexándose arrastrar de la vanidad de sus sentidos, como dice el Apóstol, obscurecido su entendimiento con las tinieblas de su ignorancia, viven apartados de Dios, por la ceguedad de su corazon. Ciegos miserables y guias de otros ciegos, marchan al precipicio á grandes pasos, atrayendo la ira del Señor sobre su pueblo.

Ni se contentan con burlarse del evangelio, persiguiendo con injurias á sus ministros, sino que desconocen á Jesucristo, y le maltratan hasta crucificarle con sus lenguas y obras, que fue la tercera y última causa de la reprobacion de los judíos. El Salvador, hecho carne, vino entre los suyos, dice S. Juan, y no lo conocieron. El trage humilde en que apareció sobre la tierra fue una piedra de tropiezo y de escándalo, segun la expresion de S. Pablo, y cayendo sobre ella, se hirie-

ron y quebrantaron, como les pronosticó el mismo Jesucristo. Herodes, persiguiéndole de muerte; los fariseos y escribas, desacreditando su doctrina, y atribuyendo sus milagros al poder de beelzebú, príncipe de los demonios; Pilatos, sentenciándole á los azotes y al suplicio afrentoso de una cruz; los ministros de la execucion, tratándole con la mayor ignominia y crueldad; el pueblo grosero é ignorante, cubriéndole de injurias sobre el calvario: todos estos cayeron de tropel sobre la piedra, se hirieron, se quebrantaron, y por su incredulidad se desgajaron del frondoso árbol de la Iglesia hasta el presente dia, en castigo de su ingratitud, que ha trascendido á sus hijos y descendientes por todas las siguientes generaciones, como lo pidieron sus mayores poco antes de derramar la sangre del justo. ¡Pena debida á delitos tan enormes!

¿Y juzgais por ventura inferiores los vuestros? ¡Ah, señores! el que tenga oídos para oír, oiga, os dice Jesucristo. Si los judíos, como se explica S. Pablo, *hubieran conocido la divina sabiduría que encerraba el misterio* (de la Encarnación), *nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria*; jamás le hubieran injuriado ni cubierto de tantos oprobios; pero vosotros, que llamados misericordiosamente á su admirable luz, plantados en el seno de su Iglesia, reengendrados y adoptados por hijos en las aguas saludables del sacro Bautismo, y hechos templos vivos del Espíritu Santo; vosotros, digo, que haceis profesión de conocer y amar á Jesucristo, por cuyos méritos habeis sido elevados á la altísima dignidad de hijos de Dios y herederos de su reino inmortal, ¿cómo desempeñais los deberes de cristianos? ¿No puede con justicia vuestro Salvador haceros la

misma reconvención, que en otro tiempo á los judíos por medio de su profeta: *este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí?*

Echad por un momento la vista sobre la innumerable multitud de gentes que encierra esta capital: exáminad su vida y sus costumbres. ¡Qué de Judas no descubriréis, haciendo traición á su divino Maestro, y vendiéndole por el vil precio de una pasión favorita! ¡qué de escribas y fariseos, que hablando en tono de oráculos de la disciplina mas severa, de la moral mas rigurosa, de la reforma de costumbres, jamás se han propuesto el arreglo de las suyas! ¡Qué de Herodes, tratando á lo ridículo á Jesucristo en su doctrina, en sus misterios, en sus ministros! ¡Qué de Pilatos, faltando á la justicia, y condenando la inocencia por el vano respeto de no desagradar á los

grandes, ó por una detestable codicia! ; Qué de gentes de todos estados, edades y condiciones, insultando al Salvador, é irritando su furor con juramentos, blasfemias, sacrilegios, sensualidades, rapiñas, dolos, monopolios y toda especie de vicios capitales! ; No son estos, os ruego, otros tantos cristianos de solo nombre, que injurian su profesion de tales, como S. Agustin se explica, y que cuanto está de su parte, *crucifican de nuevo á Jesucristo con sus culpas*, segun la expresion del Apóstol?

Hé aquí un exácto cotejo de los crímenes cometidos por los judíos para ser privados del reino de Dios, por comparacion á los pecados que nosotros cometemos en el seno del cristianismo. En beneficios recibidos del gran Padre de familias les hacemos ventajas, y nuestros delitos en nada son inferiores, como os he demostrado. Ellos por su ingra-

titud perdieron la viña ó Iglesia del Señor. Dios es árbitro soberano de sus gracias, y sin que nadie le pueda argüir de injusticia, dueño de trasladárlas á otras naciones, segun su beneplácito, privando de sus dones á los que han abusado de ellos. Esta ha sido la conducta ordinaria de su divina providencia con respecto á su Iglesia. Apostataron los ángeles rebeldes, y en su lugar substituyó á los hombres: en el progreso de los siglos, las bendiciones que parece debian pertenecer á Ismael, Esaú y Manasés, fueron dadas por inspiracion divina á Isaac, Jacob y Efraim: á Saul fue substituido David; los gentiles á los judíos; á Judas traidor sucedió S. Matías en el apostolado.

¿Qué se sigue de aquí? Deducid vosotros las consecuencias; y para que sean justas, no olvidéis que las promesas hechas por Jesucristo á

su Iglesia, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y de estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, no deben entenderse de la Iglesia particular de algun reino ó provincia, sino de la universal ó católica, extendida por todo el mundo, oculta en unas partes por la persecucion de sus enemigos, en otras manifesta ó con culto público, porque la profesan ó toleran los soberanos del territorio. Esta durará tanto como el mundo, sin que basten para su extincion, ni las fuerzas humanas, ni todo el poder del infierno, por ser Dios su escudo inexpugnable y su defensa. Pero no debeis discurrir del mismo modo acerca de varias iglesias particulares, que chocando sobre la piedra angular, que es Jesucristo, ya en la Eucaristía, ya en sus sacramentos ó misterios, han sido tronchadas, como ramas secas é inútiles de aquel frondoso árbol,

que les suministraba antes el yugo y el verdor.

En confirmacion de esta verdad echad por un momento la vista sobre estos desgraciados países, en que tanto florecia antes el catolicismo, separados ya de nosotros, y envueltos en las tinieblas de sus errores. Volved los ojos al norte, al oriente, al medio dia, y vereis con dolor separadas de la *Católica* las célebres iglesias de las islas de los santos, las griegas cismáticas, las de oriente, las de Egipto, y tantas otras del África. ¿No chocaron todas estas, y se deshicieron contra la piedra de la doctrina y preceptos de Jesucristo? ¿Sus pecados no les atraxeron su ruina y separacion del reino de Dios? ¿No deberá esto inspirarnos un temor saludable de ser arrojados de la viña como ellos? ¿No podrá el Señor formar de las mismas piedras hijos de Abraham por su fe, que le

den sus frutos en tiempo?

Ultimamente, señores, consultad sobre la materia á S. Pablo en su epístola á los romanos: "si algunos de los ramos, dice de los judíos, fueron tronchados, y tú siendo acebuche fuiste ingerto en ellos, y hecho partícipe de la raíz y aceite de la oliva, no te gloríes contra los ramos... Tú dirás, los ramos fueron quebrados para ser yo ingerto. Está bien, ellos fueron desgajados por su incredulidad: tú estás firme en la fe; no te ensoberbezcas, sino teme: no sea que Dios, que no perdonó á los ramos naturales, no te perdone á ti. Atiende á la bondad y á la severidad de Dios; la severidad en orden á los que cayeron, la bondad respecto de ti, si permanecieres en ella; de otra suerte serás tambien cortado: y ellos, si dexan su incredulidad, serán ingeritos, porque Dios es poderoso para ingerirlos otra vez."

Hé aqui, hermanos míos, las causas y graves fundamentos que deben inspirarnos un justo y saludable temor de perder la viña de la Iglesia, en que Dios nos ha colocado para obrar frutos de vida eterna. Si nuestros pecados pues son los mismos, ó mayores que los de los judíos; si desconocemos y abusamos de los beneficios de su infinita bondad; si desatendemos su divina palabra, é injuriamos á los ministros de ella; si lejos en fin de obedecer sus preceptos, crucificamos de nuevo á Jesucristo con nuestras culpas, ¿no deberemos temer ser envueltos en la desgracia de los judíos, y de tantas otras naciones separadas de la Iglesia, y entregadas á un sentido réprobo? Y cuando no llegue á tal extremo nuestra infelicidad, ¿no deberemos temer que irritado por nuestras culpas el Padre de familias, nos prive de su gracia, sin la cual no podemos obrar frutos de vida eterna, ni poseer su

reino? *Auferetur à vobis regnum Dei... noli altum sapere, sed time... alioquin et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios, Señor de toda bondad, y Padre de misericordia, apartad, os rogamos, vuestros ojos para no ver vuestras iniquidades. Nosotros hemos pecado, abusando de vuestra clemencia: no somos ya dignos de llamarnos hijos vuestros. Mas reconocemos nuestros yerros; los detestamos á presencia vuestra y de los ángeles tutelares de este templo; volvemos arrepentidos y con un firme propósito de no volveros á ofender. ¿Nos arrojaréis, Padre nuestro? ¿Nos negaréis el perdón que pedimos humillados? Alentad vuestra esperanza, hermanos míos, y ratificad vuestra resolución á los pies de Jesucristo, diciendo en lo íntimo de vuestro corazón: Señor mio Jesucristo &c.



## SERMON

PARA LA

DOMINICA TERCERA

DE CUARESMA,

sobre las vanas esperanzas del pecador que difiere la penitencia.

*Et fiunt novissima hominis illius peiora prioribus.* Luc. XI. 26.

Serán los fines de aquel hombre peores que sus principios.

SEÑORES:

Este terrible oráculo de nuestro Salvador, en la ocasion de haber